

Julieta Kirkwood: nacida de la ira

**Gilda Luongo
Integrante Auch!**

El tiempo de Julieta Kirkwood, los ochenta en Chile, impulsó el cultivo de la rebeldía feminista. Como nunca se sintió al “patriarca ridículo” tan próximo, tan absurdo en su autoritarismo y en su arbitrariedad amiga de la muerte. En ese territorio minado surgió la necesidad de preguntar cómo llegamos a estar allí, de ese modo, en medio de la opresión. Y en las respuestas tentativas, desde las mujeres, aparece una claridad que estaba dormida. En el intento político por resistir, por transformar esta sociedad hecha de prótesis, estratificada férrea y discriminadora en clases sociales, erigida desde una democracia tan frágil, incapaz de sostener un proyecto revolucionario transformador, algo se comienza a develar como extraño, perturbador, como sonando en otro tono.

Incómodas, las mujeres comenzamos a preguntarnos, nuevamente después de un largo silencio, etapa que Julieta llamará también de la liberación global, por el devenir sujetos de este hacer política (1987, 179-188). ¿Dónde deseábamos estar las mujeres de izquierda durante la dictadura? ¿Dónde estuvimos antes? Kirkwood junto a otras mujeres feministas re-discutirán los contenidos del proyecto de liberación global y expresarán la especificidad de la opresión de este colectivo, desafiarán los posicionamientos habituales en el hacer política. El planteamiento “no hay democracia sin feminismo” obligará a repensar la democracia, abrirá este concepto y lo situará mirando hacia vertientes políticas antes no consideradas: devenir de subjetividades, producción afectivo-sexual, el cotidiano de lo doméstico en su violencia, explotación y sumisión, así como también se atreverá a postular las oblicuidades de conceptos tales como libertad, igualdad, solidaridad.

Demandarán ser sujetos que puedan decidir, ser escuchadas en cuanto tales: mujeres de palabra, con derechos y deseos, retratos de cuerpo entero. La especificidad genérico-sexual rondará los intentos y las nuevas búsquedas. La incansable feminista se ubicará en la diferencia e intentará lenguajes para decirla. Indagará voraz en el modo en que esta diferencia tensiona el proyecto anti-dictadura más global. Pero se convence siempre ante ella, por lo vital que resulta esta singularidad, esta resonancia feminista y aunque cuesta llamarla de este modo, a boca llena en un principio, será inevitable su pronunciación. Julieta junto al colectivo feminista se abre paso y crece en esos años cubiertos por los miedos. Esta mujer intelectual y política, tan política, se entrega seducida por la fuerza resistente desplegada en mujeres, por la potencia para la acción, ante la reflexión posible, sensible, inteligente y ante estos tonos corporales diversos intensos. El cuerpo de las mujeres, silenciado en los inicios de los feminismos latinoamericanos de comienzos del siglo XX, ahora estalla sin censura y forma parte de la amplitud de registros sensoriales del conocimiento cultivado por la multiplicidad de mujeres. Dice: “Y supe de la enorme e inacabada virtualidad del afecto, del goce y el placer multiplicado y afirmado: de la vitalidad lúdica e irreversible [...]” (1987, 236).

Pienso, influenciada por las feministas italianas de la diferencia, que esta mujer da lugar al cuerpo salvaje como lo nombra Muraro (1995), ese que permite la decibilidad que viola el mandato de la moderación del habla porque está conectado con un (in)cierto lugar en la experiencia materna (1995, 185-202). Julieta canaliza el impulso de la escritura de

mujeres. Dos textos en los que participa como gestora junto a otras mujeres, circulan en este contexto vigilado y castigado de inicios de los ochenta. Uno se levanta en formato de Revista y el otro en formato de Boletín. Circulan para abrir espacios de lectura, de expresión de colectivos de mujeres, de conspiración y resistencias. En la *Revista Furia* Julieta escribe la mayoría de sus editoriales, además de artículos en colaboración que van a funcionar como provocación y estimulación para la continuidad del movimiento de mujeres. El segundo texto que surge de esta aventura es el Boletín del Círculo de Estudios de la Mujer, publicación que surge de la organización que lleva el mismo nombre. Una forma circular que se reitera, para nombrar las genealogías que nos habitan. A comienzos del siglo XX Amanda Labarca había organizado el Círculo de Lectura, en los ochenta se replica el gesto nombrando el lugar que favorece y alienta la creación de espacios colectivos de conocimiento y de acción feminista. En los ochenta Kirkwood hará su aporte diseñando e implementando un Programa Docente que intentó explorar teorías para dar sustento al movimiento y que, a su vez, posibilitara la formación de las mujeres para dar continuidad a la tarea feminista.

En esta vertiente educativa la feminista busca innovar en tanto le interesa que la teoría y los enfoques científicos se abran para dar cabida a aquellas formas de conocimiento que han sido expulsadas por las indagaciones instaladas desde el mundo intelectual masculino. Busca modificar el estilo autoritario de la enseñanza tradicional; desestructurar formatos, metodologías, subjetividades, así como también le importa develar la inexistencia de neutralidad en la enseñanza y en el conocimiento. Por otra parte, pretende que la experiencia de las mujeres y sus formas de aproximación a la docencia se legitimen. Le interesa, en este mismo registro, seguir el rastro y construir la otra historia. Investiga la historia no contada y enfrenta a la narrada por los hombres. Sistematiza, organiza y periodiza. Intenta esclarecer y sigue indagando. Se aboca a la tarea genealógica y navega entre sus grises. Encuentra en los retazos, fragmentos, apariciones y desapariciones elementos que confirman la existencia de la rebeldía de las mujeres y su participación en el mundo cultural, pero junto con ello propone preguntas para orientar el trabajo reflexivo de ese momento. En un intento de asegurar esta labor hacia adelante, inquiere por el futuro. Reiteradamente expresa su deseo de saber qué ocurrirá más adelante con los movimientos, sobre todo cuando los tiempos de urgencia hayan cedido como tales, cuando la dictadura sea derrotada.

En estas obsesiones leo una porfiada incerteza, más que la certidumbre sólida y la firmeza del movimiento. Cercana y, de algún modo, heredera del imaginario de las brujas que fueron quemadas en la hoguera, pretende (in)cierta visión que le anticipa un retroceso posible. Tiene la sospecha de que nuevamente las mujeres volverán a los partidos. Julieta se asombraría de lo que nos ha ocurrido hoy, año 2006, en esta larga transición y sus pactos militares, políticos y económicos neoliberales. Una transición que ha domeñado nuestra rebeldía, que ha acallado las voces estridentes en este tránsito viscoso del largo retorno aplazado hacia la democracia.

Quisiera hoy para nosotras el tono vital de esa mujer que indagaba apasionada en la teoría para dar sustento al activismo feminista. Sus lecturas portadoras de aproximaciones inteligentes acerca de autoras y autores, -en ese entonces novedosos, y que hoy encontramos en abundancia en la mayoría de los “centros de género” instalados en las universidades- estaban llenos de pasión y compromiso para construir sabidurías feministas. Leía fervorosa a Simone de Beauvoir, Monique Wittig, Juliete Mitchel, Anne Oakley, Sheila Rowbtham, Albert Camus, Michel Foucault, Merlau Ponty, entre otros (1990).

Incorporó así, en sus elaboraciones teóricas feministas y por ende en la cultura e intelectualidad chilena, por vez primera el concepto de género y reflexionó esperanzada respecto de su potencial para la tarea feminista. El género como herramienta teórica está preñada de sentidos políticos. Puede ser un arma teórica potente para la transformación social, cultural, para el develamiento de los resortes eternamente repetidos como tics en nuestra cultura, sin embargo también es más fácil y menos riesgoso aplicar la higiene en su uso y dejarlo instalado en la neutralidad que posibilite venderlo cómoda y progresivamente en el mercado, para ganancia y acomodo de sujetos rendidos/rendidas. Por el contrario, Julieta toma las elaboraciones de Foucault sobre el poder/saber y las integra como parte de los nudos feministas. Al realizar esta operación reafirma la convicción intelectual y política de que la teoría surge en la base de la praxis, de este modo puede y debe alimentar las prácticas del movimiento. Estos nudos constituyen un eje central en el pensamiento de Julieta Kirkwood y demuestra su osadía intelectual para abordar los conflictos, las trampas ciegas y su esfuerzo por trabajar en ellos o desde ellos de un modo diferente al habitual. Así nombra esta labor:

“desarrollo ni suave ni armónico, pero envolvente de una intromisión o un curso indebido –no lo llamaré escollo– que obliga a la totalidad de una nueva geometría; a un despliegue de las vueltas en dirección distinta, mudable, cambiante, pero esencialmente dinámica...los nudos son parte del movimiento vivo” (1987, 1990).

Cuando descubre el rendimiento que las nociones y enfoques teóricos dan al feminismo, encuentra que este es su mejor aporte, es la más atesorada de sus contribuciones para la práctica política del feminismo y sus (des)pliegues posible. Los nudos de la sabiduría feminista posibilitan el develamiento de las complejidades, tensiones y contradicciones que cruzan a las organizaciones de mujeres que buscan potenciar el devenir sujetos de una nueva manera en la cultura y en la sociedad.

Con Julieta Kirkwood podemos intentar iluminar parte de los anhelos para volver a conformar movimiento político desde el/los feminismo/s. Tal vez ese intento se sustente, de manera generosa, en las herramientas de análisis, de teorías y reflexiones sobre activismo que su lectura brinda. Sin embargo, creo que es imprescindible tomar a manos llenas el tono vital que se apropia para sí: la ira. Gracias a ese impulso escribe, revisa papeles, gestiona revistas, diseña cursos, a la vez que actúa inventando colectivos (im)posibles contruidos por sujetos mujeres cada vez más deseantes de placer y de saber. Ese brindis generoso de vida iracunda es el sorbo que tal vez necesitamos las mujeres en este Chile de hoy tan acomodado en el beneplácito neoliberal y tan miedoso de estridencias más radicales.

Bibliografía

Kirkwood, Julieta. 1987. *Feminarios*. Santiago de Chile: Documentas.

Kirkwood, Julieta. 1990. *Ser política en Chile. Los nudos de la sabiduría feminista*. Santiago de Chile: Cuarto Propio.

Muraro, Luisa. 1995. “El orden simbólico de la madre” en *Debate Feminista*, año 6, vol.12: 185-202.